

puntoycoma

<i>Marzo/abril de 1999</i>	56
<p><u>Cabos sueltos</u></p> <p>☞ Expresión del porcentaje 1</p> <p>☞ <i>Microsoft Office</i> y las tildes 1</p>	<p><u>Colaboraciones</u></p> <p>☞ De portales 4 <i>JOSEP BONET</i></p> <p>☞ Filípica segunda: contra el purismo 5 <i>JOSÉ LUIS CALVO MARTÍNEZ</i></p>
<p><u>Colaboraciones</u></p> <p>☞ <i>Spin-off / spin-out</i> 2 <i>FRANCISCO LARIOS</i></p> <p>☞ ¿Le/s? saluda atentamente 3 <i>JOSÉ LUIS MARTÍN YUSTE</i></p>	<p><u>Reseñas</u></p> <p>☞ El asesino que amaba las palabras 6 <i>AMADEU SOLÀ</i></p>

CABOS SUELTOS

Uso impropio de la expresión del porcentaje

Nuestro compañero Paulo Correia, terminólogo portugués, nos ha hecho ver que con cierta frecuencia se usa impropriamente la expresión de «porcentaje» cuando deberíamos emplear «**puntos porcentuales**». Así, un índice cuyo valor pasa del 15% al 20% experimenta un incremento de 5 puntos porcentuales, y en ningún caso del 5%. La variación de nuestro índice expresada en porcentaje es del 33,33%, ya que el total de referencia es ahora 15. Para evitar la confusión que puede producirse con el empleo del tanto por ciento para expresar la variación de una relación entre dos magnitudes, es preferible recurrir a los puntos porcentuales.

Sobre el riesgo de imprecisión en el uso de la expresión de relaciones entre cantidades, en el número 17 de *PUNTOYCOMA* apareció una colaboración de Remigio Gómez titulada «Tasas injustificadas», en la que se ofrecen varios asideros para prevenir resbalones en este terreno.

Microsoft Office y las tildes

El corrector ortográfico de *Microsoft Office*, al menos en la versión que utilizamos habitualmente en nuestro trabajo, tiene deficiencias que provocan confusión al revisar la ortografía de un texto; nos referimos a las propuestas de corrección de determinadas palabras correctamente acentuadas.

Si escribimos, por ejemplo: «prohíbe», «prohíbo», «cohíbe» y «cohíbes», el corrector nos indica que están «mal» escritas y nos propone que las sustituyamos por la misma palabra pero sin tilde. Este problema de las tildes en los hiatos se da también con formas acentuadas de «rehusar», como «rehúsa» o «rehúse», pero, curiosamente, no se da con otras formas verbales tan útiles para nuestro trabajo como «prohíja», «ahíja», «aúllo» o «maúlla».

☞ PUNTOYCOMA

COLABORACIONES

Spin-off / spin-out

Con esta expresión se designa en inglés un concepto genérico muy de moda que puede plantear problemas de interpretación. A continuación reproducimos un mensaje que un miembro de Retelengua (cf. PUNTOYCOMA n° 45) tuvo la amabilidad de enviarnos en respuesta a una consulta sobre el significado de spin-out. Estos argumentos nos aclaran las distintas acepciones de spin-off (y de términos relacionados, como spin-out) y, si bien no proponen una traducción, pueden facilitarnos la búsqueda de la equivalencia más precisa en cada caso en español.

En un contexto más específico, el de spin-off company, sí parece haber una traducción con cierta implantación: «empresa semilla». ¿Tendremos que recurrir a la terminología de la reproducción (esqueje, retoño, brote, embrión) para inspirarnos en la traducción de spin-off?

☞ PUNTOYCOMA

El concepto de *spin-off* expresa la idea de creación de nuevas iniciativas económicas en el seno de empresas u organizaciones existentes (que actúan de incubadoras) bajo cuyo amparo acaban adquiriendo, por iniciativa de una persona de la organización, independencia y viabilidad propias, en términos de estructura jurídica, técnica y comercial.

Tomando la definición en un sentido más amplio, *spin-off* alude a aquella persona o grupo de personas que deja la empresa donde está trabajando para crear una nueva empresa vinculada o apoyada de alguna manera por la sociedad existente, de la que esta persona era miembro.

La empresa matriz también puede ser el mercado potencial o el beneficiario de los servicios suplementarios proporcionados por el *spin-off*. Todas las iniciativas de *spin-off* no son iguales, por lo que distintos autores han intentado hacer una categorización y establecer distintos modelos y tipologías: según su origen (académicos e industriales), la tecnología usada (de base tecnológica o convencionales), la estrategia (reactivos, proactivos, «ofensivos»), los motivos (por reestructuración, por salvaguardia de *know-how*), el impacto en la estrategia de la organización de origen (técnicos y competitivos), etc. A este último caso vamos a referirnos.

1. El *spin-off* técnico (o *spin-off* propiamente dicho) surge cuando los investigadores descubren una nueva tecnología con un potencial económico elevado, pero que no es relevante para la estrategia competitiva de la organización de origen. En esta categoría

se pueden incluir la totalidad de los *spin-off* académicos, ya que la empresa creada no modifica ni tiene impacto en la estrategia de una universidad o de un organismo público de investigación.

2. El *spin-off* competitivo (o *spin-out*) engloba todos aquellos casos que tienen por finalidad la independencia de algunos de los departamentos o divisiones de la empresa. Este proceso es, muchas veces, consecuencia de una racionalización de procesos o de un plan de externalización (*outsourcing*) de algunas actividades, para centrarse posteriormente en los aspectos clave del proceso productivo, modificando, en suma, la cadena de valor de la empresa. Entre algunas de las razones para este comportamiento se consideran la eliminación de costes fijos e indirectos, la obtención de mayor liquidez y la eliminación o reducción de riesgos elevados.

Es obvio que este caso no se presenta, o es muy raro, en los *spin-off* académicos. Un ejemplo: la empresa que para distribuir sus productos hace que se cree una empresa de transportes independiente, dirigida por algún miembro que abandona la organización, a la que subcontrata posteriormente los servicios.

FRANCISCO LARIOS SANTOS

Vocalía de Apoyo a la Innovación

Dirección General de Enseñanza Superior

e Investigación Científica

flarios@seui.mec.es

¿Le/s? saluda atentamente

El título de esta nota alude a un problema que parece dividir a los hablantes de la lengua española, a saber, qué complemento pronominal ha de utilizarse en la despedida epistolar susodicha.

Hay quien considera que el verbo «saludar», como verbo transitivo que es, debe regir los pronombres «le» o «lo» para el masculino singular, «los» para el masculino plural, «la» para el femenino singular y «las» para el femenino plural: «le/lo; la; los; las saluda atentamente».

A otros, nuestro personal sentido lingüístico nos dice que el complemento es «le» y «les» para singular y plural respectivamente. Esta opinión sería errónea si se da por sentado que «saludar» es un verbo puramente transitivo, algo, a mi parecer, discutible.

«Saludar» se comporta aquí como los llamados verbos «transitivos internos», por ejemplo: «escribir, preguntar, responder», etc., es decir, verbos cuyo significado contiene los rasgos semánticos de un sustantivo, concreto o general, que, de especificarse en el discurso, sería objeto directo¹: «saludar» es en nuestro ejemplo «enviar ‘saludos’»; cuando se «escribe», se sobreentiende siempre un objeto del tipo «carta», «libro», etc., y «preguntar» o «responder» pueden desarrollarse mediante una paráfrasis como «hacer ‘una pregunta’» o «dar ‘una respuesta’», al igual que

¹ No obstante, el «saludar» de nuestro ejemplo se diferencia de esos verbos por no tener la posibilidad de aparecer acompañado de un objeto directo explícito: «le respondió ‘una barbaridad’», «le escribió ‘una carta’».

«saludar». Por este motivo, estos verbos pueden aparecer en la frase sin objeto directo explícito, comportándose entonces como los verbos intransitivos: la respuesta a «¿has escrito/preguntado/respondido a María/a tus amigos?» debe ser «le o les» + el verbo correspondiente, y la utilización de «la, lo, los o las» en su lugar es una muestra de loísmo o laísmo.

Pues bien, opino que esto es lo que sucede en la fórmula «le/les saluda atentamente»: el verbo «saludar» se comporta en el discurso como intransitivo por contener en su lexema los rasgos semánticos del sustantivo «saludos».

No hay que olvidar que la transitividad o la intransitividad de un verbo son, como ya dejó claro Alarcos en sus *Estudios de gramática funcional*, un modo de comportamiento en el discurso y no un rasgo inherente de cada unidad léxica verbal.

Es como si estuviéramos ante dos acepciones de «saludar»: la de «saludar» en presencia de la persona o personas saludadas (primera acepción del DRAE: «dirigir al otro, al encontrarlo o despedirse de él, palabras corteses, interesándose por su salud o deseándosela, diciendo ‘adiós’, ‘hola’, etc.») y la de saludar en el sentido de «enviar saludos» (el sentido de la frase del título de esta nota —quinta acepción del DRAE—), que condicionan el comportamiento sintáctico de dicho verbo.

Sé que algunos o muchos hablantes no «sienten» lingüísticamente que «saludar» muestre un comportamiento sintáctico diferente en estas dos acepciones; para ellos el complemento pronominal de «saluda atentamente» ha de ser el pronombre personal acusativo: «le/lo, la, los, las». Por ello, tómese esta nota como lo que es: simple expresión de un sentimiento lingüístico individual. Mayores generalizaciones requerirían un estudio dialectológico para el que me faltan datos y conocimientos.

✂ JOSÉ LUIS MARTÍN YUSTE
jose.martin@sdt.cec.be

De portales

Comenta Luis González en el número 55 de *PUNTOYCOMA* que «tanto *home page* como su traducción española **portada** (una de las más frecuentes, sobre todo cuando se trata de páginas de acceso a sitios institucionales) tienen claras connotaciones librescas, pero esto no parece molestar a nadie en Europa». Lo cual dice muy poco de los sitios institucionales, pues denota bastante desconocimiento del medio. No es, pues, de extrañar que tantas obras concebidas como libro o folleto aparezcan en la web convertidas al formato HTML, pero manteniendo el estilo libresco al que hace referencia el compañero González. Con ello, se desaprovechan las posibilidades que ofrece el sistema y se obtienen unos resultados incomedibles y, a la postre, indigestos.

Si la *www* nació como versión electrónica de documentos creados hasta entonces en papel, no fue para sustituir al libro, sino para constituir un enorme archivo mundial interconectado en que unas fichas remitiesen a otras. No dispone, por lo tanto, de ninguna portada, sino de innumerables puntos de acceso o de entrada. En concreto, aquel que cada cual considera como propio es su *home page*. Cualquier cosa que transmita el concepto de entrada, acceso, acogida o arranque puede servir para traducir

el término. Como caso extremo, si la entrada es de envergadura, se convierte en un portal.

JOSEP BONET

josep.bonet-heras@sdt.cec.be

Filípica segunda: contra el purismo

El texto que presentamos a continuación es la primera parte de un artículo que, por razones de espacio, no publicamos íntegro en la edición en papel de PUNTOYCOMA. La versión completa se puede leer en <http://europa.eu.int/comm/sdt/bulletins/puntoycoma/56/calvo.htm>.

En un boletín como éste, huelga aclarar que me refiero al purismo de los que pretenden a toda costa defender al español de la agresión extranjera e incluso de un enemigo interior que «corrompe» las esencias de nuestras inmarcesibles y bellísimas fonética y morfología, sintaxis y semántica. Piensan ellos, por ende, que el español se encuentra en grave peligro de extinción (a plazo medio o largo, desde luego) y de cuando en cuando lanzan el toque de rebato y, si son padres de la patria, hasta se proponen proponer proposiciones de ley para defensa del español.

El problema de la lengua, que no sucede con los objetos de otras ciencias o disciplinas, es que cualquiera que sabe hablarla (peor o mejor) se considera con derecho a hablar sobre ella como si fuera un experto. Es como si yo me considerara con derecho a disertar sobre Economía por el hecho de que hago muy bien la compra. Pero —todavía más escandaloso— hay quienes son teóricamente expertos (profesores, escritores) y siguen dando la matraca con el peligro que corre el español.

Cualquier lingüista sabe que la formación de una lengua es un agónico y lento proceso de asimilación y rechazo de toda suerte de elementos léxicos, así como de variantes morfélicas y sintácticas; que además es un proceso interminable, porque una lengua nunca «está completada»²; y, sobre todo, que salvo en contadas ocasiones (cf. «Filípica primera contra la tilde», *PUNTOYCOMA* n° 49, pp. 9 y ss., en el caso del griego moderno) el fenómeno de la lengua es lo mejor que podemos encontrar para ejemplificar el predominio de lo general sobre lo particular y/o de la comunidad sobre el individuo. Es prácticamente seguro que un cambio lingüístico se origina a partir de un individuo (o de un pequeño grupo), pero pronto salta los límites de lo individual y se impone sobre ello con la constricción y la necesidad de lo físico. Pero no sólo está fuera del alcance del individuo la posibilidad de manipularla; también está fuera del alcance de la comunidad hablante.

La lengua nos domina, está por encima y fuera de mí y de nosotros aunque, paradójicamente, sea uno de los pocos bienes que son inalienablemente de mí y de nosotros. Se nos da cuando todavía no tenemos uso de razón y, más que dominarla, nos domina el resto de la vida. Es uno de los misterios más insondables de lo humano. Partiendo de estas premisas, resulta hasta grotesco plantearse, primero, la condición de peligro en que se puede encontrar una lengua por amenaza de otra u otras. Salvo en

² Es cierto, sin embargo, por precisar un poco, que la extensión de la cultura a la generalidad de la población, unida a la uniformidad que los media propician en las sociedades modernas, ralentizan los cambios fonéticos y, en cambio, aceleran los sintácticos (véase el —mal— uso de las preposiciones por políticos y periodistas) y, sobre todo, los cambios e innovaciones del léxico.

los casos, que se dan por razones de orden nacionalista, en que una lengua se ve temporalmente constreñida en su uso (caso actual del español en California), carece de sentido hablar del peligro que corre una lengua de ser «invadida», «dañada» o «corrompida» por otra³. En segundo lugar, aun admitiendo la posibilidad de este peligro, resultaría igualmente grotesco plantearse su «defensa» y protección. Es como poner puertas al campo [...].

✂ JOSÉ LUIS CALVO MARTÍNEZ
 Universidad de Granada
 jcalvo@platon.ugr.es

RESEÑAS

El asesino que amaba las palabras

«I went mad.
 My head was a swarm of books.»
The Blue Suit: A Memoir of Crime
 RICHARD RAYNER

La extraordinaria vida de William Chester Minor es uno de los capítulos más bellos y más trágicos de la historia de la lexicografía. Nació en 1834 en Ceilán, en una familia de misioneros protestantes originaria de Nueva Inglaterra. Huérfano de madre a los tres años, creció en contacto con la población indígena y acompañó a los misioneros norteamericanos en sus incursiones evangelizadoras por el sudeste asiático hasta Singapur, Bangkok, Rangún y la isla de Penang. En su infancia aprendió singalés en la escuela de la misión en Colombo. Cuando abandonó Ceilán a los catorce años para proseguir sus estudios en Estados Unidos, tenía también conocimientos de tamil, birmano y varios dialectos del hindi.

El joven Minor cursó medicina y se doctoró en 1863 en la Universidad de Yale. Poco después, en plena Guerra de Secesión, se enroló en el ejército de la Unión como médico militar y en mayo del año siguiente su regimiento participaría en la llamada *Battle of Wilderness*. Quizá sea ésta la batalla más dantesca de la historia de la guerra de todos los tiempos. Los cuerpos de ejército enemigos habían tomado posiciones en unas colinas del estado de Virginia pobladas de coníferas y espesa maleza seca que ardieron en plena batalla, entre ráfagas de viento huracanado. Dado que las características del terreno no permitían la intervención de la caballería ni la artillería, las cargas se libraron cuerpo a cuerpo, a golpe de mosquetón, sable y bayoneta. «Como si las criaturas de Dios se hubieran convertido en demonios y el infierno se hubiera apoderado de la tierra», dejó escrito uno de los combatientes. En dos días cayeron 27 000 soldados, muchos de ellos calcinados. Conviene detenerse en este episodio, porque constituye, según los biógrafos, el punto de inflexión en la vida del capitán Minor, que a partir de este momento se hundirá irremisiblemente en la demencia.

³ Tampoco me refiero a casos históricos de sustitución de una lengua impuesta por otra (caso del español por el inglés en Filipinas); o de lenguas desaparecidas por la desaparición de sus hablantes o su absorción por comunidades mayores y/o más influyentes (caso de algunas lenguas amerindias).

En 1868 ingresó en el manicomio de Washington (el mismo que años después acogería a Ezra Pound). Dieciocho meses más tarde, el Ejército lo declaró inútil para el servicio y le concedió una pensión vitalicia. Para escapar de sus demonios, William Minor decidió viajar a Europa y a finales de 1871 recaló en Lambeth, uno de los peores barrios del Londres victoriano. A los pocos meses cometería un crimen infame que llenó las páginas de los periódicos de la época: el asesinato de George Merritt, un obrero inglés padre de siete hijos. El doctor Minor fue confinado de por vida en Broadmoor, la célebre prisión para enfermos mentales peligrosos de Crowthorne, cerca de Oxford.

Minor llegó a Londres en plena efervescencia de los debates en torno al inglés en la Philological Society. Las élites británicas intuían que la lengua inglesa estaba llamada a ser la argamasa de un Imperio que el comercio y las armas habían llevado a las antípodas de la Tierra. Pero eran al mismo tiempo conscientes del peligro de disgregación en regiones tan vastas y remotas; se imponía pues un inventario exhaustivo del inmenso caudal de las palabras en su flujo histórico desde el siglo XII. La controversia —que venía arrastrándose desde la segunda mitad del XVIII— entre los partidarios del reglamentismo lingüístico estático y excluyente, inspirado en el modelo academicista francés, y los defensores de una idea integradora y abierta, que entendía el inglés como patrimonio dinámico de todos sus hablantes, se resolvió a favor de los segundos. (Es éste un hecho decisivo para el desarrollo posterior de una lengua que acabará por convertirse en *lingua franca* de todo el planeta.) El resultado inmediato de esas controversias e inquietudes fue un proyecto lexicográfico único en la historia, por su carácter y por su temeraria ambición; una empresa gigantesca que no llegaría a puerto hasta setenta años más tarde, después de enterrar a dos generaciones de lexicógrafos.

Participaron en ella más de 800 colaboradores voluntarios en los diferentes países y colonias de habla inglesa, que trabajaron durante años sin percibir un solo penique. Uno de los más prolíficos y geniales fue William Minor. Con los libros de su colección particular, cuyo traslado a Inglaterra procuró el consulado de Estados Unidos, y las obras que familiares y amigos le hacían llegar de Londres, Boston y Nueva York, el doctor Minor convirtió la celda de Broadmoor en una extraordinaria biblioteca que fue durante media vida su único universo, su terapia y su pasión. Día tras día, durante decenios, se dedicó a redactar con sumo esmero miles de fichas para el «Nuevo Diccionario» (pues éste fue el nombre del proyecto en los primeros tiempos). Pronto se convertiría en uno de los colaboradores más apreciados por su rigor, erudición y profundo conocimiento de la lengua inglesa. Minor aportó pruebas históricas y literarias de miles de significados y resolvió numerosas dudas lexicográficas. En palabras del profesor James Murray, coordinador general de la obra, «la contribución del doctor William Minor es tan enorme que sólo con sus citas podríamos detallar fácilmente la evolución de la lengua inglesa en los últimos cuatro siglos». En 1891, el eminente lexicógrafo escocés viajó a Crowthorne para conocer personalmente al doctor americano y agradecerle el trabajo de tantos años, ya que hasta entonces todos los contactos se habían realizado por correo y durante mucho tiempo Murray no supo de la enfermedad mental de uno de sus más aventajados e incansables colaboradores. El emotivo encuentro en la celda-biblioteca de Broadmoor fue el inicio de una profunda amistad que no se truncaría hasta la muerte de Sir James Murray en 1915.

La esquizofrenia del doctor se agravó a principios del nuevo siglo. En poco tiempo se sumió en la apatía y perdió todo interés por el diccionario al que había dedicado gran parte de su vida. En 1902 se mutiló los genitales. Después de treinta y ocho años de confinamiento en Broadmoor, en 1910 el Ministro del Interior Winston Churchill autorizó su repatriación a Estados Unidos, donde fue ingresado en el mismo sanatorio de Washington del que había salido en 1871. El capitán William Chester Minor murió el 26 de marzo de 1920.

El día de San Silvestre de 1927 se cerraba la última entrada del monumental diccionario, que contenía 414 825 definiciones y 1 827 306 citas históricas y literarias en doce tomos del tamaño de una losa. (Se entiende la sutil ironía de Anthony Burgess cuando escribió: «*I have taken this book like a mistress to bed—a weighty one but handleable*».) El lector encuentra todavía hoy, en la segunda edición actualizada y ampliada de 1989, un lapidario agradecimiento al «*Dr W C Minor*».

Ni que decir tiene que esta maravilla de la lengua inglesa es el *Oxford English Dictionary*.

* * *

La historia de William Minor y el OED puede leerse en un libro publicado recientemente por el escritor británico Simon Winchester: *The Professor and the Madman: A Tale of Murder, Insanity, and the Making of the Oxford English Dictionary*, HarperCollins, Nueva York, 1998, ISBN: 0060175966. La misma obra se ha publicado también con el título *The Surgeon of Crowthorne*, Viking Press, Londres, 1998, ISBN: 0670878626. Acaba de aparecer la traducción al español: *El profesor y el loco*, Editorial Debate, Madrid, 1999. Elisabeth Murray, nieta de Sir James Murray, refiere también la vida del doctor Minor en *Caught in the Web of Words*, Oxford y Yale, 1977 (reeditado en 1995 por Yale University Press, ISBN: 0300063105).

✉ AMADEU SOLÀ
amadeo.sola-gardell@sdt.cec.be

Correspondencia

Luis González
JECL 2-180
200, rue de la Loi / 200, Wetstraat
B-1049 Bruselas
Tel: +32 2 2956974

Correo electrónico

luis.gonzalez@sdt.cec.be
joaquin.calvo-basaran@sdt.cec.be

Redacción

Bruselas

Luis González y Beatriz Porres

Dublín

María Barreiro

Luxemburgo

Josep Bonet, Joaquín Calvo Basarán,
Jesús Iglesias del Castillo, Miguel A. Navarrete y
Xavier Valeri. Con la colaboración de Tina Salvà y
May Sánchez Abulí
